

Murria por los juegos de vida

Si algo define el mundo de los niños, el universo infantil, es el juego. Un chaval es capaz de pasarlo bien de la manera más humilde y sencilla del mundo, esto es, con unas canicas, con unas cartas, cerrando los ojos y luego buscando a los que se han escondido, imaginando mundos desconocidos, contando cuentos, escuchándolos, saltando a la pata coja, corriendo, con una pelota, utilizando mil enseres peregrinos, y, sobre todo, siempre con una enorme ilusión.

La muestra que tenemos entre manos va de eso: de juegos, de niños, de infancia, de sencillez, de adiós a los complejos, de vivir, de ser... En esta exposición tomamos el té, nos entretenemos con las casicas, y saltamos a la comba, y a la gallinica ciega, y con los aros... Nos subimos a unos tacones, y correteamos, y lo pasamos estupendamente en un carretón o con unos neumáticos. Usamos (también nosotros) los elementos más simples, y hasta ponemos una inocente picardía de la que hasta ahora nos reímos.

El elástico, la cuerda, un pañuelo, un botijo, unos globos, cualquier cosa es válida para derrochar el tiempo, para multiplicarlo con alegría compartida. Todo lo que merece la pena transcurre por el arco de nuestros brazos, que vuelan con una portentosa imaginación. Por cierto, ¡qué útiles eran aquellos juegos! Leo que, por ejemplo, la Rayuela se conoce en medio mundo y que tiene muchos beneficios físicos y mentales.

En esta hermosa muestra, el artista se ha convertido, aunque con murria, en una especie de Peter Pan que, al margen de cómo sea su cuerpo, mantiene una mente abierta a la Naturaleza. Emergen aquí multitud de ideas, de anhelos, de impresiones, de exaltaciones. Debo resaltar, igualmente, que mi amigo Buendía ha dado con un estilo más que propio. Siempre tuvo su impronta peculiar, pero en esta oportunidad ha dado un paso más. Me encanta, además, el uso que hace de los colores, con los que juega, para proponernos situaciones lejanas y cercanas, que se pierden, que reencontramos.

Se nota que tiene mucho que expresar, y con una técnica portentosa. Percibimos que ha bebido de los mejores: entre sus maestros están desde un Antonio López a un Pedro Cano, con los que ha incrementado su sabiduría y grandeza.

Conozco a Buendía desde hace tiempo. Sé que es un hombre inquieto por naturaleza. Ha participado en muchas exposiciones individuales y colectivas. Por eso ha plasmado tanto arte, ha ganado premios y menciones, y posee una inmensa reputación ganada.

Pese a los méritos, un pintor comienza cada día, con sus flamantes obras. En este nuevo amanecer pictórico, me encuentro nuevamente con un talento excepcional, que ha ganado en esta ocasión no un premio, pero sí mi corazón, y sé que también el de todos ustedes. Lo ha hecho por su soberbia factura, por una realización que no deja indiferentes, que engancha, y también porque recordar nuestra infancia es regalar vida, y eso, sin duda, es algo impagable. ¡Gracias infinitas!

Juan TOMÁS FRUTOS.